

Cuaderno de cultura

Entrevista a **Valentí Puig**

*Periodista y escritor, fino articulista y director de variados proyectos culturales, Valentí Puig es una figura destacada en el panorama de la cultura catalana. Hemos querido compartir con él un **diagnóstico certero** del **momento cultural** que vive **Cataluña**, de sus realidades lingüísticas y sociológicas, de las influencias políticas del nacionalismo y del **diálogo intelectual** con el resto de España.*

“La interacción entre la **cultura catalana** y la sociedad es cada vez más débil”



David Mudarra



Aunque pueda estar a la baja, el proceso secesionista habrá tenido su impacto en la cultura catalana, tanto como en otros aspectos de la vida de Cataluña. ¿Cuál es el estado actual de la cultura catalana o de la cultura en Cataluña?

R.- Siento decir que no está en sus mejores momentos. Sobran mimetismos, dogmas lingüísticos, estereotipos subvencionados y tergiversación nacionalista de la vitalidad cultural. Hace unos años escribí un ensayo bastante crítico sobre la cultura catalana. Eso era en 2004. Hoy sería un diagnóstico todavía menos ilusionante.

Sin, duda, es desde “la Renaixença” que la recuperación del uso literario de la lengua catalana, a consecuencia del romanticismo que intenta recuperar identidades y naciones apagadas, fue reapareciendo, con un componente de épica y a la vez de agravio. No era literatura “per se”. Por su parte, la cultura científica, por ejemplo, recuperaba vitalidad a partir del siglo XVIII, escrita por lo general en castellano. El gran ilustrado es Antoni de Capmany. Presente en las Cortes de Cádiz, escribía en castellano y pensó que la lengua

Uno de los empeños culturales más intensos ya desde los tiempos del pujolismo es cristalizar la suposición de que quien escribe en catalán es, en consecuencia, nacionalista

catalana podía desaparecer. Pero con la “Renaixença” la identificación entre escribir en catalán y un postulado de reivindicación de la patria fue constante, hasta el punto de que escritores como Gabriel Ferrater después han dicho que, absorta en la crítica a España, la literatura en catalán no fue crítica con la propia sociedad catalana. En mi caso, no escribo en catalán –uso el catalán y el castellano indistintamente– por razones nacionalistas o étnicas. Evidentemente, hay otros casos, pero la efusión independentista ha conseguido la adhesión de escritores e intelectuales, de naturaleza muy variada. Institucionalmente, se ha seguido ignorando la cultura de Cataluña escrita en castellano. Ha habido proclamas más que ofensivas sobre la necesaria marginación del castellano en una futura república catalana. Pero ¿qué lleva a pensar que con la independencia el uso social y cultural del catalán saldrá ganando?

P.- ¿Y cómo queda reflejado tal impacto, el impacto de lo que se llama proceso secesionista?

R.- Uno de los empeños culturales más intensos ya desde los tiempos del pujolismo es cristalizar la suposición de que quien escribe en catalán es, en consecuencia, nacionalista. Hasta cierto punto ha sido un empeño fructífero pero la creatividad intelectual, literaria o artística no se puede fosilizar, porque experimenta ciclos, rupturas, mutaciones, desconciertos, identidades y desvinculaciones. Como

han hecho Pujol y los intelectuales nacionalistas no basta con decir que la España que quiso Vicens Vives ha fracasado o que 1714 fue una guerra de España contra Cataluña. Haría falta demostrarlo porque sin pluralismo crítico una sociedad pierde capacidad analítica y, por tanto, perspectiva. El secesionismo ha dividido. Se ha dicho que el castellano tiene que quedar al margen, y se dice eso en una sociedad que es bilingüe, con una mitad que usa el catalán y la otra el castellano, siendo nuclear que el cambio de registro lingüístico se haga día a día y casa por casa. Mientras tanto, los sociolingüistas –que son la esencia de la raza– exigen que la futura república catalana sea monolingüe, en catalán, cuando el castellano lleva largos siglos siendo una lengua de Cataluña.

P.- Entonces, daríamos por hecho que el nacionalismo cultural es hegemónico.

R.- Culturalmente, el nacionalismo tiene su sistema de recompensas y de exclusiones, pero la vitalidad va por otro lado. El pujolismo

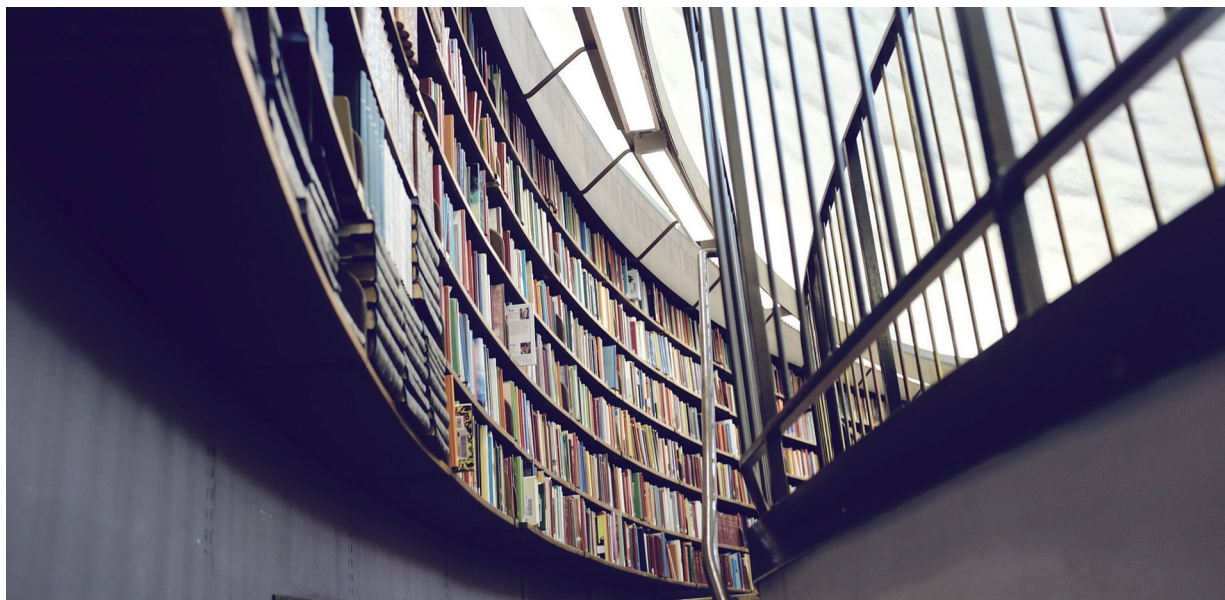
Tal vez sea factible, y lo dudo, desconectar institucionalmente –a costes elevadísimos– Cataluña de España, pero los vínculos sociales e históricos –la realidad– son más fuertes que una entelequia divisoria



instrumentó una cultura en la que el intervencionismo parecía dar plena hegemonía antropológica a la cultura nacionalista. Lo ha intentado todo, pero ahí es detectable un fracaso que era inevitable. Retiren por un momento el andamiaje intervencionista y muchas cosas se vendrán abajo y muchas para bien. La sociedad catalana ha evolucionado pero el nacionalismo sigue con el mismo lenguaje, como si uno pudiera poner fronteras lingüísticas o ensimismarse en el territorio que va del Ebro a los Pirineos. Tal vez sea factible, y lo dudo, desconectar institucionalmente –a costes elevadísimos– Cataluña de España, pero los vínculos sociales e históricos –la realidad– son más fuertes que una entelequia divisoria.

P.- Si es así, ¿hasta dónde llegan la realidad y la ficción?

R.- La brecha entre la cultura real y la cultura institucional se extrema. La cultura institucional –costosa, burocrática y excluyente– opera en el vacío y de espaldas a la cultura real, es decir, a las iniciativas individuales, de la sociedad civil. Estas circunstancias obstaculizan las expansiones de la creatividad –algo tangible desde hace años– si no es que la coartan. Tal vez estemos en un escenario de destrucción creativa, con la oportunidad de salirse del parque temático y de no entrar en la entropía, si no es demasiado tarde. Sería interesante ver los resultados que puede dar la desinstitucionalización de la cultura catalana. Por contraste con una vitalidad creativa que busca oxígeno, las instituciones han ido fosilizándose, generando inercias que a su vez abundan en mediocridad, faccionalismo, burocracia, megalomanía grotesca y anemia intelectual. Esto, desde luego, ocurre en



todas partes, pero lo novedoso es el componente secesionista, sin el suficiente apoyo de la población. Son inercias tóxicas. Afortunadamente, la práctica de la subsidiariedad desanquilaría la cultura como forma de bien común. Sería higiénico desinstitucionalizarse.

P.- ¿Es que el intervencionismo cultural no es determinante por completo?

R.- La interacción entre la cultura catalana y la sociedad es cada vez más débil. En el horizonte independentista identificamos una suerte de nuevo folklore intelectual, la aparición de un "bunker" de

La sociedad española ha cambiado hasta tal extremo que los obstáculos para el diálogo ya no son los mismos. Con todo, para dialogar hay que querer escuchar. No hay dos ni tres, sino mil Españas

arquitectura "Koiné" – un manifiesto a favor del monolingüismo en catalán– y la voluntad de un choque esquemático, como ocurrió otras veces, entre la marca Barcelona y esa Cataluña profunda que prácticamente ya no existe. Un postsecesionismo ¿hará ver gestos de agotamiento? No se puede confiar, por supuesto, en que la precaria cultura del secesionismo decida por una vez reconocer sus errores.

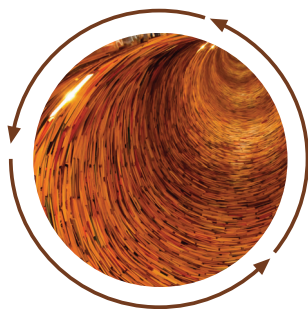
P.- Desde esta perspectiva siempre vamos a parar a las malas relaciones entre Barcelona y Madrid, extensibles y no siempre con sensatez, a una confrontación entre España y Cataluña que es en gran parte ficticia y cuyos daños colaterales corresponden al nacionalismo.

R.- La tensión intelectual entre Barcelona y Madrid es un proceso cíclico de diálogos y desconexiones, no pocas veces afligido por las turbulencias de la política, la exclu-

sión, el desentendimiento o la tergiversación. Ciertamente, todavía existen más formas en común que contraposiciones. Es más lo que suma que lo que resta. Al final, retorna el diálogo, incluso en momentos escabrosos.

P.- ¿Por ejemplo?

R.- Un caso límite: la catástrofe de 1936 causó daños irreparables. Pasó el tiempo y, en el año 1951, en una librería de Barcelona el poeta Dionisio Ridruejo hace la presentación de las cartas entre Unamuno y Joan Maragall. Al poco la figura de Ridruejo es determinante en el Congreso de Poetas de Segovia, al que acudió Carles Riba, con muchas dudas dada la política del régimen de Franco respecto a la lengua catalana. Eso era en plena postguerra. Fue una reunión de poetas y, más allá de la lírica, allí se preescenificó un reencuentro, un inicio de diálogo reconciliador. A partir de entonces, por muchos que fueran los desencuentros, quedaba establecido que en la poesía de España diversas eran las lenguas. Así lo ratificaría Salvador Espriu cuando en 1960, en los poemas de *La pell del brau* hablaba de Sefarad, de Cata-



La tensión intelectual entre Barcelona y Madrid es un proceso cíclico de diálogos y desconexiones, no pocas veces afligido por las turbulencias de la política, la exclusión, el desentendimiento o la tergiversación

luña en una España contemplada y sentida desde la periferia o no exclusivamente desde la Castilla central. Es decir, afirmarse cada uno en el reconocimiento del otro. Un sistema de inclusiones, flexible y plural. Cuando la sinergia integradora falla, llegan la animadversión y los conflictos emocionales.

P.- Entonces, ¿es que la cultura de Cataluña acaba siendo incompatible con el resto de España? Se habla de una ruptura entre la cultura en catalán y el conjunto de España, ¿ha sido siempre así? ¿No hablaba Salvador Espriu de los “puentes del diálogo”? ¿Qué queda de la gran conversación entre Unamuno y Maragall? ¿Es posible una conexión natural y razonable?

R.- Los filósofos del diálogo sostienen que la persona y la palabra pueden –y deben– estar por encima de las circunstancias adversas a ese diálogo. Si durante décadas Cataluña pudo considerar que su problema era la naturaleza de Castilla, la sociedad española ha cambiado hasta tal extremo –entre otras cosas, de rural a urbana– que los obstáculos para el diálogo ya no son los mismos. Con todo, para dialogar hay que querer escuchar. No hay dos ni tres, sino mil Españas. Por ejemplo, el carlista Valle-Inclán hoy no diría –como hizo en 1911– que la Comunión Tradicionalista en Barcelona ejerce como contrapeso de la revolución y que si las masas carlistas no existiesen “las osadías del partido sindicalista habrían sido el motivo de su creación”. Gazieli atribuía a Castilla un espíritu guerrero, pero ¿sigue siendo así, si lo fue, en la vieja meseta árida en la que uno puede instalar aire acondicionado, nuevos sistemas de cultivo y acceso digital? La catalanofobia y la

hispanofobia son cosa para "freakies" que nada tienen que ver con una sociedad interconectada por el AVE, abierta a la globalización, digitalizada y pendiente de las vicisitudes compartidas en la Unión Europea.

P.- Pero, ¿cómo emular la relación de confianza y respeto entre Unamuno y Maragall?

R.- Maragall y Unamuno, desde posiciones irreductibles al tacticismo o la componenda, dialogaron epistolarmente sobre citas y desencuentros. Luego, inesperadamente las fricciones cogen cuerpo y calcifican en forma de estalactita y hostilidad. Unamuno se definía como "catalanizante anticatalanista" y a la vez conversaba con el idealismo catalanista de Maragall. Según sus biógrafos, Maragall se había dado cuenta claramente desde Cataluña "hasta qué punto era necesario –al exacerbarse las pasiones, como suele ocurrir en el ruedo ibérico– establecer lazos de comprensión y de cordialidad con las figuras más representativas de la cultura castellana". Y bastante antes tenemos la compenetración entre Menéndez Pelayo –defensor de la lengua catalana– y el "renaixentista" Milà i Fontanals, cuya estatua está en el jardín de la Casa Museo de Menéndez Pelayo en Santander. ¿Son estampas del pasado? En todo caso, representaban una pauta digna de imitación.

Volcar el dinero público en grandes infraestructuras culturales en nombre de un afán nacional no garantiza nada. Sí lo garantizan la excelencia, la autocrítica, la creatividad

P.- Todo ha cambiado mucho desde aquellos años...

R.- Sí, estamos en el paradigma digital, en una cultura relativista, hecha con "Photoshop", sin sentido de la excelencia, pero en las cosas fundamentales, los obstáculos al diálogo no han cambiado de naturaleza, a pesar del AVE, del puente aéreo, Internet.

P.- ¿En qué son, pues compatibles ambas realidades?

R.- Hay que cuidarse de la megalomanía nacionalista. Es un rasgo de las culturas propulsadas por una afirmación nacionalista de sentido antagónico. Veamos la cultura irlandesa, por ejemplo. Desde un pequeño teatro, el Abbey Theatre, un puñado de autores –en su mayor parte en inglés– acabó influyendo decisivamente en el teatro mundial. Era el talento lo que contaba, incluso en contra de los atavismos de un Dublín pueblerino y hostil. Eso hace pensar que la ingeniería social nacionalista va haciéndose obsoleta. Lo mismo ocurre con la obsesión por crear grandes grupos editoriales en catalán: se hace inevitable redimensionarlos. Lo mismo ocurre con la construcción de teatros y museos nacionales. Del mismo modo, la televisión autonómica –antropológica, según dijo Pujol– ha pretendido competir en entretenimiento dejando de lado la exigencia cultural.

P.- Y si hablamos de literatura...

R.- En literatura comparemos el momento actual, incierto y de horizonte confuso, con momentos como el "noucentisme" de los años veinte y treinta o con la vitalidad de los años sesenta. Fue evidente

que la literatura hecha en castellano y la literatura hecha en catalán no eran una suma cero. Al contrario, ambas salían ganando. Barcelona aportó novelas de calidad en castellano y en catalán escribían Pla, Rodoreda, Joan Sales, Espriu, Villalonga. “*You name it*”. Los nacionalistas replican que ese es un argumento tramposo, pero no es un argumento o una hipótesis, son hechos. Volcar el dinero público en grandes infraestructuras culturales en nombre de un afán nacional no garantiza nada. Sí lo garantizan la excelencia, la autocrítica, la creatividad. Ha sido un lastre para la cultura en Cataluña, pero un lastre nutrido por la megalomanía nacionalista, en cierto modo, al margen de las tendencias reales. Sería saludable redimensionarlo todo.

P.- Y sin embargo, lo que hoy más se oye son apelaciones a la desconexión.

R.- El proceso secesionista pudiera acabar en nada, aunque vaya a dejar un poso de frustración. Para comenzar, ha hundido la gran franja central que en muchos casos sin ser nacionalistas votaba a Convergència y Unió. Hay por ahí cientos de miles de



Alejamiento, conllevancia, encaje: de todo hubo, hay y habrá en las relaciones entre Cataluña y el conjunto de España

votos en busca de un autor. Centrismo, catalanismo, contribución a la gobernabilidad de España fueron constantes constructivas, con todas las fricciones que se quieran. Tanto con Cambó como con Roca o Durán, el grupo parlamentario catalanista tenía mucho peso en la vida parlamentaria, en los presupuestos. Hoy, con el estratega Francesc Homs al frente, ha ido a parar al gallinero. ¿Puede reinventarse un catalanismo autonomista? Con todos los agravios que se quieran, la solución no es desconectar de España en un mundo cada vez más interconectado, con el riesgo cierto de quedarse fuera de la Unión Europea. Es algo que contrapone los sentimientos del catalanismo —en buen parte, las clases medias— a una ruptura sobrecargada de incógnitas y peligros.

P.- ¿Hay una conexión posible?

R.- Ha existido, prácticamente siempre, todo un sistema natural de vasos comunicantes. Para no remontarnos al vínculo entre Juan Boscán y Ausiàs March, Espriu, por ejemplo, no se entiende sin la prosa de Gabriel Miró. Del mismo modo, Sagarra y Pla admiran a Azorín y leen mucho a Baroja. El teatro de Guimerà y, ya posteriormente, de Santiago Rusiñol y luego de Sagarra, tienen éxito en Madrid. Pla se lee hoy en toda España. A pesar de las confrontaciones, Francesc Cambó apostaba por la vía del diálogo político y la transacción. Maura sería el *partenaire* en aquel inicio de conversación. Hubo una veta regeneracionista del catalanismo en expansión.

P.- ¿No queda esa vía agotada?

R.- Al ir esbozando tempranamente su gran poema “L’Atlàntida”, para Verdaguer el

protagonista del poema era España. Esa idea de fusión hispánica le fue criticada por los extremismos culturales del nacionalismo catalán. ¿Por qué razón, cuando en virtud de la Constitución Cataluña tiene amplias competencias de gobierno, predomina –al menos en apariencia– el victimismo y queda relegada la idea de la Cataluña hispánica según Verdager? Estamos en un mundo de sociedades complejas. España lo es. Y sabemos que de la gestión de sociedades complejas dependen el colapso o el progreso en común. El bilingüismo es una vitalidad; el monolingüismo es una prótesis. El sabio profesor Rubió i Balaguer sostenía que la cultura de un pueblo como el catalán “que desde la Primera Edad Media no se ha expresado literariamente en una sola lengua, no puede ser valorada íntegramente reduciéndonos a la producción en catalán”. Alejamiento, conllevancia, encaje: de todo hubo, hay y habrá en las relaciones entre Cataluña y el conjunto de España. Si existen dos literaturas lingüísticamente distintas en un mismo territorio, quizás cada cual tiene sus propios interlocutores sociales o tal

La cultura en Cataluña no está en sus mejores momentos. Sobran mimetismos, dogmas lingüísticos, estereotipos subvencionados y tergiversación nacionalista de la vitalidad cultural

vez los compartan o sean dos evidencias que se solapan. Recordemos como en 1951, en plena postguerra, después de que Dionisio Ridruejo presentase el epistolario Unamuno-Maragall en una librería de Barcelona, hubo el encuentro de poetas de toda España en Segovia. Era un objetivo permanente de Ridruejo: “Cancelar la guerra civil y dar a los españoles de uno y otro bando la esperanza de un porvenir común”. Fue un reencuentro entre vencedores y vencidos, el retorno al diálogo hispánico. En realidad, Ridruejo y los poetas del encuentro de Segovia estaban trabajando ya en el consenso que hizo posible la transición democrática y la Constitución de 1978, uno de los grandes episodios del entendimiento.

P.- Así, ¿hacia dónde vamos? ¿Con qué perspectiva y con qué esperanza?

R.- Ahora hay, por lo menos, dos vías: la frustración o la voluntad recíproca de concordia. Hablemos de amplitud hispánica. La gestión de las sociedades complejas no es fácil. Como patria, España existe desde mucho antes de la Constitución de 1978. Visto desde ahora, nunca habíamos compartido tantas opciones de futuro. Si el particularismo tiene hondas inercias, a pesar de todo sería un fatalismo pensar que el diálogo –como entre Unamuno y Maragall– no puede fluir con toda naturalidad y en la diferencia. Existe en España un caudal de tradiciones lingüísticas diferenciadas que conviven con toda su individualidad y a la vez se comunican por arriba, como las copas de los bosques frondosos. En las formas de convivencia hispánica nada está escrito para siempre. ■

PALABRAS CLAVE

España • Cataluña • Cultura • Diálogo • Nacionalismo